

Entrevista a Juan Carlos I: El papel de aglutinador cultural de España

El 4 de noviembre de 1983, mientras se desarrollaban los trabajos de la XXII Conferencia General de la UNESCO, el Rey Juan Carlos pronunció un discurso ante las delegaciones de los 161 Estados Miembros de la Organización (1). En la entrevista que proponemos a continuación, el Rey de España responde a las preguntas de Chirstina Barbin sobre las relaciones culturales de España con distintos grupos de países y especialmente con Iberoamérica.



El Rey Juan Carlos I de España en la UNESCO.

Las relaciones entre España y los países de Iberoamérica son muy estrechas, tanto que es difícil pensarlas como relaciones de una metrópoli con sus ex-colonias, con el acento puesto en uno u otro lado. ¿Cuáles serían las razones de esos equilibrados lazos?

En primer lugar, porque, desde un punto de vista historiográfico riguroso y estricto, España no fue nunca una mera potencia colonizadora de gentes y territorios. Millares de españoles fueron a América y unieron su sangre a la de las poblaciones autóctonas. Ello produjo la creación de una América, a la vez india e hispánica, en un proceso de mestizaje étnico y cultural sin precedentes en la historia.

Sólo desde esa perspectiva puede cabalmente comprenderse el auténtico sentido de la lucha por la independencia de los países hispanoamericanos, que no fue

(1) Reproducido en el nº 36 de la Revista.

sólo de emancipación nacional, sino también de oposición a las trabas del antiguo régimen, a menudo en sintomática simultaneidad con movimientos paralelos a este lado del Atlántico. Ya en 1821, Bolívar escribió a Fernando VII: "Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas". Existió, por tanto, instalada desde el comienzo en el propio corazón de la gesta emancipatoria, una sensación de comunidad, de identidad de estirpe y de destino.

Por eso, restañadas las heridas del momento, de las raíces comunes soteradas tenía que rebrotar el árbol por el que corría la misma savia, o más bien, la doble savia de dos culturas hermanadas.

Símbolo y fruto de esa cercanía espiritual fue el constante afluir de españoles, aún más intensamente si cabe después de la independencia, buscando una tierra que ofrecía horizontes generosos. Nunca tan generosos, por cierto, como cuando dolorosas circunstancias de nuestra andadura histórica empujaron a una dura diáspora, hace ahora algo más de cuatro décadas, a artistas y poetas, a científicos, escritores y hombres de pensamiento. La mayor parte de este grupo extraordinario, en cantidad y calidad, de lo que Uslar Pietri ha llamado "españoles fundamentales" fueron, como naturalmente, a establecerse en Hispanoamérica para encontrar en ella, no un mundo extraño sino —y sigo citando al gran escritor venezolano— tal vez lo más esencial de lo que habían dejado.

Esa es la trama —antigua, profunda y continua— con la que se tejen nuestros actuales vínculos. Y la que hace que éstos trasciendan las meras adjetivaciones coyunturales para constituirse en punto de referencia indestructible de nuestra propia identidad.

¿Las relaciones culturales, educativas, científicas entre esos países y España pueden desarrollarse más en el futuro?

Es evidente que la solidez de nuestra incardinación cultural con Iberoamérica a la que antes he aludido nos proporciona un amplio y fecundo terreno para la cooperación en todos los ámbitos. Más aún, la sorprendente vitalidad histórica de los rasgos caracterizadores fundamentales de nuestra comunidad nos obliga a que todas esas facetas de relación que usted enumera deban formar un todo coherente. Pero no debemos olvidar tampoco las peculiaridades específicas, dentro de esa unidad profunda, de los países que componen esa comunidad y que configuran un vasto complejo de variedad y diversidad.

Desde esa perspectiva, tenemos que potenciar y ensanchar todas las vías —tanto multilaterales y, por lo mismo, globalizadoras, como bilaterales— por las que puede discurrir un flujo siempre creciente de cooperación. Y, en este sentido, el que hayamos traspuesto el umbral de la década que

culminará en el V Centenario del Descubrimiento —esa fecha cardinal para Iberoamérica y España, pero también para el resto de la humanidad— nos proporciona una ocasión histórica para imprimir un impulso decisivo a tales corrientes de cooperación.

España, y la mayor parte de los países iberoamericanos, han constituido ya Comisiones Nacionales para conmemorar adecuadamente esa efemérides, en las que se encuentran representados los distintos sectores de la Administración encargados de tales cometidos. Al mismo tiempo, es indudable que, en ese empeño, quieren y deben participar múltiples instituciones no dependientes de la Administración.

Todo ello genera una saludable dinámica que debemos aprovechar con la mirada puesto en un triple objetivo, para cuyo logro se está ya trabajando: en primer término, que la década sea un período no sólo de preparación para las celebraciones de 1992, sino, fundamentalmente, de realizaciones concretas que signifiquen otros tantos mojones en el camino hacia la progresiva consolidación de una efectiva comunidad cultural.

En estrecha relación con lo anterior, es necesario que esas realizaciones, llevadas a cabo en el transcurso de esos años, tengan una vocación de pervivencia en el tiempo, de soporte para un salto cualitativo en el nivel e intensidad de nuestras relaciones, mucho más allá del ya cercano horizonte de 1992. En fin, como pre-requisito indispensable a esta labor, ha de alcanzarse la debida coordinación entre todos los que, sintiéndonos llamados de manera especialísima por la conmemoración del medio milenio de nuestro encuentro, queramos realizar un esfuerzo suplementario a fin de que —con todos los medios que la ciencia y la técnica, la formación y la información ponen hoy a nuestro alcance— esa comunidad quede más ligada que nunca y, por lo mismo, con mayor potencial de gravitación en un mundo que se encuentra instalado sobre las exigencias bisagras de múltiples mutaciones, de otros tantos desafíos.

En materia de cultura, España ha dado mucho a Iberoamérica. Por ejemplo, el idioma. ¿Qué espera España de los países de América Latina?

Creo que si bien España, como usted dice, ha dado a Hispanoamérica el idioma, incluso en este terreno la aportación ha sido mutua. No hay más que hojear el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua para comprobar el gran número de palabras procedentes de América que se incorporan a él.

Por seguir cifándonos al mundo de la palabra, piense usted en la enorme influencia que ejerció Rubén Darío en nuestra poesía contemporánea; en los nombres de Gabriela Mistral, Juana de Ibarburu, Alfonsina Stor-

ni, César Vallejo, por no citar más que algunos. En la narración, desde Jorge Luis Borges hasta Mario Vargas Llosa.

Pero también en otros terrenos, como el de la historiografía y el americanismo, no puedo menos de recordar las escuelas de gran prestigio que se han ido formando, especialmente en Argentina y Méjico. Como ve usted, desde siempre no ha sido sólo España quien ha aportado cosas a América sino América a España.

Pero la principal aportación es intangible y se refiere a ese enriquecimiento fundamental de nuestra dimensión histórica.

No quiero abundar en consideraciones ya efectuadas al responder a anteriores preguntas. Debo, sin embargo, insistir en que Iberoamérica le ha dado ya y puede seguir dando a España, de manera acrecentada, una toma de conciencia de sí misma, de su pasado y de su presente. Y no se trata de una nostalgia anclada en el pasado, sino de una profunda solidaridad con los pueblos del Continente americano que hace que los españoles vivamos como nuestros sus problemas e inquietudes, sus profundos deseos de independencia política y económica, de justicia social, de desarrollo y de libertad.

Por eso puedo legítimamente decir que Iberoamérica constituye también una meta trascendental para nuestro futuro, ya que nos sentimos plenamente partícipes del suyo. No albergó duda alguna sobre la importancia política, económica y cultural que, en tiempos históricamente próximos, este conjunto de pueblos ha de alcanzar, como también sobre el hecho de que el peso y la medida de España en el mundo de mañana vendrá dado por los que tenga Iberoamérica.

Otro grupo de países con los cuales España mantiene relaciones culturales basadas en una historia común es el formado por los Países Arabes. ¿Cuál es para Vuestra Majestad el porvenir de esas relaciones?

Desde que, hace 50 años, se fundaran las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y de Granada, España no ha dejado de tener una actividad importante en materia de traducciones y edición de obras literarias árabes al castellano, así como de traducción de obras españolas al árabe.

El Instituto "Miguel Asín", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sucesor de aquellas famosas Escuelas de Estudios Arabes, los diversos Departamentos de Árabe e Islam de las Universidades españolas y el Instituto Hispano-Árabe de Cultura del Ministerio de Asuntos Exteriores han realizado un gran esfuerzo para poner al alcance del lector español e iberoamericano medio, tanto a los autores árabes contemporáneos, como a los clásicos.

En este último Instituto se han publicado antologías nacionales de la literatura iraquí, tunecina y marroquí contemporáneas, así como numerosas obras de poesía, teatro y prosa.

No obstante, es evidente que estos vínculos pueden desarrollarse aún más y ello es preocupación básica de España en sus relaciones culturales con los Países Arabes. Un conjunto de acuerdos culturales con dichos países y de programas de cooperación cultural en esta materia tienden a superar las dificultades que aún pueden existir para el libre desarrollo de la circulación literaria entre ambos conjuntos culturales. Dificultades derivadas, sobre todo, de la necesidad de selección entre la enorme cantidad de textos de gran calidad que presenta la literatura árabe contemporánea y del carácter especializado, y por tanto, minoritario de las colecciones en que aparecen.

En base a estos principios y con estos problemas trabajamos, llenos de esperanza de que el papel de aglutinador cultural que le corresponde a España, por historia y por situación geográfica, entre Europa y América de un lado, y el Mundo Arabe del otro, pueda tener también su manifestación plena en unas relaciones eficaces y puestas al día en el ámbito de las traducciones y de la cultura literarias.

¿Cuál puede ser la acción de la UNESCO para favorecer el desarrollo de las relaciones de España con esos y otros grupos de países?

Las transformaciones acaecidas en el seno de la UNESCO, especialmente en el último decenio, refuerzan la voluntad de cooperación de España con la Organización, patente por otra parte desde su ingreso en la misma.

Aunque, como ya he dicho, la cooperación de España con los países iberoamericanos se realiza por vías muy diversas, no sólo bilaterales y recíprocas, sino también a través de organismos especializados y de carácter subregional, responde a la naturaleza de las cosas el que, dentro de este foro mundial que es la UNESCO, los países que participamos de una idéntica lengua y una cultura común encontremos mayores facilidades y mejor viabilidad en la contribución con medios humanos, intelectuales y tecnológicos en los programas que específicamente nos afectan. Esta importancia potenciadora de la acción de la UNESCO en el plano cultural fue destacada por España en la Conferencia Mundial de Méjico de 1982, en la que tanto el país huésped como el resto de los países iberoamericanos desempeñaron un decisivo papel, coherente e integrador.

En el terreno específico de la educación, cabe destacar no sólo la participación activa española en cuantos programas concretos de la UNESCO

se despliegan en la región iberoamericana, sino en especial el decidido interés del Gobierno español por el Proyecto Principal sobre Educación en Iberoamérica y el Caribe. Este es también el sentido que tiene, respecto a otras áreas del mundo menos favorecidas, el apoyo que España continuará prestando a la acción de la UNESCO de transferencia de medios humanos y materiales cristalizada en los Grandes Programas aprobados en la última Conferencia General Extraordinaria de la Organización, y cuya instrumentación operativa se concretó en la Conferencia General ordinaria de 1983.

El Premio Simón Bolívar, instituido por el Gobierno de Venezuela y otorgado por la UNESCO recompensa a personas o instituciones que han contribuido a la independencia y a la dignidad de los pueblos. Vuestra Majestad lo compartió con Nelson Mandela, dirigente del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica, en prisión desde hace veinte años. ¿Pueden preverse repercusiones de este encuentro simbólico?

Tanto en la Declaración de Caracas que suscribí conjuntamente con los Presidentes de las Repúblicas bolivarianas, como en mi contestación a los discursos del Presidente de Venezuela y del Director General de la UNESCO al recibir el Premio Simón Bolívar, el 24 de julio, fue destacado el doble significado que para España y para mí se desprende del otorgamiento de aquel galardón: Por una parte, el reencuentro histórico y definitivo de los pueblos americanos emancipados hace algo más de 150 años y el pueblo de España y su Corona. En segundo lugar, el compromiso, también definitivo y encarado al futuro, de servir a la causa de la libertad, la solidaridad y la dignidad de la raza humana. En este sentido, esa asociación simbólica del nombre de Nelson Mandela, que personifica desde su prisión el dolor y el ansia de justicia de un amplio sector de la humanidad, con el del titular de la Corona de España, refuerza ese compromiso, inscrito por otra parte en la más clara trayectoria de la tradición de mi patria.

La faz histórica de España se configura, desde un principio y por razones de toda índole, en la combinación y mezcla de aportaciones étnicas, sociales y culturales del más diverso origen y culmina —debe repetirse— en su dimensión transatlántica, en el prodigioso mestizaje, todavía lleno de riesgos, esperanzas e incertidumbres de la actual Iberoamérica. Nada más contrario, pues, a esa trayectoria histórica que las tensiones discriminatorias, tan vivas en el mundo de hoy, no sólo en el terreno racial, más irritantes y patentes que en ningún otro, sino también en el político y en el económico. Por ello, nuestra solidaridad con las justas causas africanas encuentra un nuevo estímulo para continuar también luchando en el futuro por los ideales de justicia y libertad que animaron en el pasado siglo a Simón Bolívar y que siguen siendo, en último término, los únicos fundamentos posibles de un mundo futuro, solidario y en paz.

(Perspectivas de la UNESCO)